

ANTE EL DESAFÍO DE LAS SECTAS

ATLANO ALAIZ, CMF
Vigo

La Iglesia, fiel a su condición de mediadora de liberación, ha de "compartir las tristezas y las angustias" (GS 1) de toda una nación de esclavos (!110 millones!) dispersos por todas las naciones de la tierra.

Si, en otros tiempos, surgieron órdenes y congregaciones para la redención de los cautivos de los sarracenos, para el servicio de los pobres y ancianos desamparados, de los pobres más pobres, de los chicos/as de las calles, de las mujeres prostituidas, estaría plenamente justificado el nacimiento de una institución eclesial, de una congregación o instituto secular que protagonizara la redención y rehabilitación de los cautivos de las sectas.

Creo que la respuesta ante el incensante atentado de las sectas a la integridad de las personas, de las familias, de la sociedad y de la misma Iglesia, ésta ha de responder.

I. SENSIBILIZARSE ANTE EL PROBLEMA

1. *Toda una nación de esclavos y oprimidos*

Ante todo, tanto los directores de catequesis como catequistas y madres de miembros de la catequesis han de sensibilizarse ante la magnitud del problema en orden, primordialmente, a prevenir.

Estamos ante un nuevo pueblo hebreo oprimido en todos los sentidos. Se trata de una nación, toda una nación de más de 110 millones. Ya en 1986 *The World Christian Encyclopedia* registraba una población sectaria de 108 millones de personas, algunas de ellas viviendo en condiciones

infrahumanas. Como las antiguas víctimas del comunismo estalinista y del nazismo.

En España se presentan cifras muy diversas sobre la población sectaria porque, generalmente, se trata de una población clandestina y muy flotante. De cualquier modo, todos aseguran que la población sobrepasa los 300.000 adeptos. Son, en diversos niveles, desde luego según el grado de destrucción que ocasionan, pero son en realidad 300 mil esclavos.

Esclavos, en un porcentaje muy elevado, cruelmente explotados incluso en el sentido laboral. Hay sectarios que trabajan gratis hasta dieciséis horas diarias.

Me extraña que la Organización de Derechos Humanos y sus delegaciones no denuncien con energía y contundencia el hecho de la lesión grave a la integridad del millón de maltratados en todos los aspectos por las sectas.

Muchos de ellos sí que han perdido el rostro humano; algunos despojados de lo más íntimo y sagrado constitutivo de la persona humana: su dignidad, su libertad, su autonomía.

De rebote la desgracia afecta a millón y medio de personas en España, porque la adhesión a una secta no sólo traumatiza al adepto sino a su entorno familiar, produciendo graves trastornos ya se trate de uno de los cónyuges, de algún hijo o de un hermano. Si hay que considerar que son cuatro, al menos, las personas afectadas seriamente por la adhesión de un familiar a una secta, resultan en el mundo 400 millones de personas, lesionadas actualmente por las sectas. ¿Qué terremoto, qué huracán, qué guerra causa tantas víctimas? Lo que pasa es que se trata de víctimas no cruentas, pero no por eso menos atormentadas. Lo que pasa es que aquí no hay cuerpos, sino psicologías destrozadas, pero éstas no son documentables gráficamente; y por eso no ofrecen imágenes que hieran nuestros ojos y les provoquen al llanto. Esa es parte de su desgracia.

"He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arranca su opresión y conozco sus angustias. Voy a bajar a liberarlo de las manos de los egipcios"... (Ex 3,7) —dice Jesús, el gran Liberador, a su Iglesia, refiriéndose a las víctimas de las sectas—.

Son, pues, muchas y muy gravemente lesionadas las víctimas de esta mafia pseudo religiosa como para pasar indiferentes ante ellas como el levita y el sacerdote (Lc 10,31-32). No es fácil percatarse de la magnitud de la desgracia, si uno no se para a escuchar con la oreja pegada a las casas los lamentos de las víctimas. Yo también pasaba distraidamente por

delante de estos "penales" hasta que, casualmente, me introduje en este mundo escalofriante y tenebroso.

2. *Destrucción de la persona*

a) Las sectas, contra el hombre.

Poco importaría que la población fuera grande si su peligrosidad fuera pequeña. Tres mil sectarios, enardecidos por su fanatismo, desarrollan un proselitismo y una actividad fanática equivalente a trescientos mil "pacíficos creyentes" de las religiones o iglesias tradicionales. En los Testigos de Jehová españoles, por ejemplo, cada adepto dedica 245 horas al año en tareas de difusión y captación de nuevos miembros. ¿Por cuántos cristianos trabaja un testigo?

La peligrosidad les viene, pues, de su dinamismo destructor.

Y viene también del choque en cadena que su vida y acción provoca en el entorno.

La gravedad del problema no sólo radica en el número de los captados, sino la destrucción a la que llevan a los adeptos. En este sentido, tengo que insistir, una vez más, que la adhesión a toda secta es, por sí misma, lesiva. Aun en las que a la gente les parecen más inofensivas e ingenuas. Esta ingenuidad se da en quienes sólo se acercan teóricamente al fenómeno sectario, pero no a "los" sectarios o ex-sectarios en persona, en los que de verdad se perciben las llagas abiertas o sin cicatrizar del todo.

Si aceptamos los rasgos que todos los autores aceptan como definitorios de una secta, por una lógica elemental, tenemos que admitir que la pertenencia a una secta, aunque sociológicamente parezca inofensiva e incluso correctora de conductas extraviadas, es lesiva y causa deterioro en la personalidad de los adeptos.

b) Imagen deformada.

Por eso, creo, que no se pueden dividir ingenuamente las sectas por su peligrosidad, en *destructivas* y *no-destructivas*, como si algunas de ellas fueran inofensivas, sino, mejor, en *deformativas* y *destructivas*. Con ello afirmo el efecto lesivo de todas las sectas. Las primeras empobrecen la psicología de los adeptos; las segundas la destruyen en diversos grados, según el nivel de agresividad con que golpea al adepto.

Si en todo grupo sectario, por definición, el líder ejerce una autoridad despótica sobre el adepto, si se practica un control de su conciencia, un dirigismo cultural, social y espiritual, si se le secuestra psicológicamente, si se utilizan métodos coactivos en su adoctrinamiento para degradarle a un ser sumiso y acrítico, necesariamente empequeñecerá su personalidad. Quien se relaciona con exadeptos que han pasado un cierto tiempo atrapados en una secta, aunque sea blanda, se percata de su rigidismo y automatismo psicológicos.

Puede ser, desde luego, que, en determinados casos, la adhesión a la secta sea un mal menor. Porque se trata de personas ya enteramente destruidas por el alcohol, la droga, la ludopatía o el desequilibrio psíquico, y que la pertenencia al grupo sectario suponga para ellos una esclavitud menor, una cierta regeneración. He conocido unos cuantos casos en este sentido. El adicto se libera de una gravísima adicción, pero pasa de de un amo cruel a un amo despótico.

Recurrir a estos centros de doble efecto, de mal menor, hoy no tiene sentido porque existen centros de rehabilitación sin contraindicaciones.

Siguiendo la imagen bíblica, habría que decir que las sectas deformativas pintarrajean la imagen de Dios, la mutilan, reducen su cabeza, deforman el corazón, alteran su afectividad; es una imagen afeada, aunque todavía sea reconocible el ser humano.

El mutilado, el deformado no se da cuenta, no se percibe a sí mismo como tal. Es más, para los adeptos, desde el nuevo canon de belleza humana que se les ha introyectado de realización antropológica, quienes están deformados y sufren adiciones son "los otros", los que no pertenecen a su grupo de "elegidos", los que "están en el reino de las tinieblas". Ellos pertenecen al reino de la luz; son los "iluminados".

Los que se dan cuenta, como en el caso del envejecimiento, son los que están a su lado. Se dan cuenta de que ya no es la persona libre, espontánea, abierta, alegre, sencilla y humana que conocieron. "¡Cómo ha cambiado!" -es el comentario general-. Con frecuencia el deterioro psicológico se disfraza de moralismo, seriedad, gestos y ademanes estereotipados. En la secta le han revestido del "personaje", que es el que funciona en el adepto; la persona está sometida y acallada.

c) Imagen destrozada.

Con respecto a las *sectas destructivas*, hay que afirmar que son terroristas del espíritu. No sólo profanan, pintarrajean, deforman la imagen de

Dios, la persona, sino que la destruyen, la destrozan hasta privarla de su "rostro humano".

En las sectas destructivas, sobre todo, está en juego la integridad psicológica, más decisiva para la calidad de vida y que la misma integridad física. En las sectas destructivas se practica, como el mismo adjetivo indica, la "destrucción", la aniquilación del adepto-adicto. ¿Puede haber algo más gravemente lesivo contra la dignidad de la persona que esta especie de homicidio psicológico, la anulación de su libertad, la alteración de su afectividad, la destrucción de su equilibrio y de su paz interior?

Al adepto de las sectas destructivas se le hace regresar a la infancia psicológica, pero una infancia atormentada. Esto se detecta inmediatamente en el contacto con cualquier adepto o ex-adepto. Me lo contaban la madre y la tía una de las mejores alumnas de una Universidad de León. Sufría un auténtico secuestro; le robaban al máximo posible la convivencia familiar; a altas horas de la noche, y varias veces en la misma noche, la acosaban con el teléfono... "Su psicología se iba alterando precipitadamente y a ojos vistas; no nos parecía la misma de hacía meses -me cuentan-. Andaba desasosegada; sufría de pesadillas e insomnios; parecía una sonámbula. Insistía en que quería salirse de "esto"... Nunca supimos qué grupo la tenía atrapada". Hacían guardia junto a ella los familiares, porque se temían lo peor... Y lo peor, llegó. En un descuido de la tía que la vigilaba, se precipitó desde un quinto piso..."

Hasta el abismo del suicidio le llevó el grupo sectario que la tenía estrangulada; pero antes de su suicidio (o, más bien, homicidio), ya estaba con el alma muerta. Es uno de los innumerables casos que todos conocemos.

Después de una corta luna de miel en la que se le emborracha para que vea "ilusiones", el captado es condenado al infierno de una vida psicológicamente turbulenta y angustiada. Posteriormente sufrirá un verdadero secuestro psicológico, a consecuencia del cual tendrá, incluso después de su rehabilitación, el síndrome de Estocolmo, como los secuestrados físicamente.

"Preferiría que me atropellara un coche y me dejara seco", me confesaba el hijo de unos conocidos, atrapado en los Hare Krishna. Porque la vida del secuestrado en la secta es un verdadero infierno del que es difícil, (a veces casi imposible) escapar.

Aunque el adepto pueda ser, con suerte, liberado, sufrirá durante su vida mutilaciones y úlceras psicológicas que no le terminarán de cicatri-

zar. "La verdad, cuando salí de Narconón (filial de la Iglesia de la Cien-ciología), salí desintoxicado —confiesa Carlos, un joven de veintidós años, primo de unos amigos—. Pero sales hecho una mierda. Al principio me sentía como un extraterrestre en la sociedad. Mi lenguaje era distinto. Tenía como una doble personalidad. Me sentía perdido. Es que, como además te cortan toda comunicación con la sociedad y con los tuyos... Por una parte quería volver a Narconón porque era mi mundo; por otra, me producía angustia el pensarlo, porque ese no era yo, sino que me habían cambiado. Desesperado me volvía a picar (poner heroína). Hoy, al cabo de cuatro años, me voy recuperando; pero llevo encima de mí secuelas de las que dudo me libre en toda mi vida. La vida en la secta me ha marcado, (estoy tristemente seguro), para siempre".

El largo y difícil camino de la rehabilitación, lo laborioso de la tarea de ayuda a los ex-adeptos por parte de psicólogos y psiquiatras, pone de manifiesto la desintegración psíquica y mental a la que precipita la vida de sometimiento aniquilador en una secta destructiva.

"Los cinco peritos, cuatro médicos y un psicólogo -informa el diario Ya del 6 de julio de 1990-, que ayer declararon ante el tribunal que juzga a cinco dirigentes de CEIS, acusados de inducción a la prostitución, intrusismo y corrupción de menores, coincidieron en afirmar que el grupo es una secta altamente destructiva de la personalidad"... En la sesión de ayer el primero en declarar fue el doctor Josep María Jansá, experto en persuasiones coercitivas y presiones mentales de la sectas, que ya trató a algunos de los adeptos de CEIS cuando éstos fueron retenidos en 1984 por la policía autonómica.

Según este médico, el grupo robotiza la personalidad de sus adeptos utilizando "terapias" sutiles. Según Jansá, la técnica consistía en sobreestimar el área afectada de los adeptos para bloquear su área interactiva. Los adeptos adolecían de falta de información, y sus prácticas sexuales eran aconsejadas como una fórmula de liberación personal y de amor hacia los demás".

Los médicos especialistas en adicción señalan las siguientes secuelas de la pertenencia a las sectas destructivas:

"Razonamiento escaso o nulo; inestabilidad emocional, pasando casi sin transición de estados de euforia a estados de depresión; pérdida del libre albedrío; disminución de la capacidad intelectual, del vocabulario y del sentido del humor..." El adepto, a mis preguntas, responde automática-

mente. Son robots programados para una sola respuesta: el cliché que le han escrito en el cerebro.

Tendencias neuróticas, psicóticas o suicidas; alucinaciones, pánico, confusión mental, desdoblamiento de la persona y paranoia. Todo ello constituye el conjunto de unos síntomas patológicos llamados ya en muchos países "síndrome disociativo atípico", reconocido y catalogado como una enfermedad mental transitoria. El doctor Gil Nagel, con quien estuve cenando con unos estupendos amigos, me envió amablemente el *Diagnóstico and Statistical Manual* donde está catalogado¹.

Los métodos y técnicas de despersonalización, directamente intentadas por las sectas destructivas, son la agresión más grave que se puede inferir a una persona, contra su dignidad y contra su integridad, ya que disparan a quemarropa contra el núcleo mismo de la identidad personal. Su acción lesiva es lo más satánico que se puede inventar. Las sectas destructivas son verdaderos campos de exterminio psicológico, infiernos en la tierra, lugares de tormentos y deshumanización.

A todo esto, no olvidemos que, en España, sobrepasan los ¡300.000! el número de las personas que sufren este proceso de "destrucción" psicológica por parte de las sectas "destructivas". El grito que los que estamos un poco metidos en el mundo infernal de las sectas tenemos que oír frecuentemente de labios de los familiares afectados es desgarrador: "Haga algo por mi hijo/a, por mi marido, por mi hermano. Nos ha traído el infierno a casa. Nos lo han robado esos canallas"....

3. *Un peligro social*

"Las cifras de la población sectaria y su crecimiento nos muestran con claridad – afirma en *Vida Nueva*, n. 1094, Juan Carlos Urrea, experto en sectas – que no nos encontramos frente a un fenómeno temporal o transitorio, sino ante una realidad que no siempre ha sido valorada en todas sus dimensiones". Se trata, pues, de un fenómeno religioso y social consistente y persistente.

Es evidente que, aunque no hiciera más estragos que la desintegración psicológica de sus adeptos, ya constituiría un peligro social por la perturbación que causan en sus familiares que, hablando de España, constituye una población afectada de 1.500.000 personas.

¹ Cf. P. Salarrullana, *Las sectas* (Madrid, Temas de Hoy, 1989) 68.

Pero, además, atentan directamente contra la familia, la Iglesia y la sociedad.

a) Las sectas contra la familia.

Las sectas disparan a quemarropa contra la familia. Por la sencilla razón de que la familia es la referencia afectiva y crítica que dificulta la fagocitación del candidato sectario.

Por eso la tarea de absorción comienza por la descalificación desvergonzada de la familia y por una insinuación sibilina a romper con ella, como "causa y origen de todos los males del adepto". El grupo sectario fuerza directamente al captado a romper la maroma de amarre al puerto, para llevarle a altamar y ofrecerse como única alternativa de salvación, como buque salvavidas.

La secta descalifica a la familia como un ambiente viciado, egoísta, que no piensa más que en sí misma. Se le hace ver al adepto que él no pasa de ser una "hucha" en la que los padres meten para poder sacar el día de mañana. La familia es una realidad genealógica, algo dado que, por sí mismo, nada aporta al sujeto, que no la ha elegido. Se le adoctrina paulatina y ladinamente a aborrecer la familia como obstáculo insalvable para su autonomía, su desarrollo y su libertad.

La misma secta que ha descalificado a la familia, se presenta al mismo tiempo como la verdadera familia, la familia psicológica, "algo propio" por lo que se ha optado personalmente. Sólo ella es la verdadera "madre"; sólo el líder es el verdadero "padre" y los otros miembros, los auténticos "hermanos".

Para engullir al sectario, se le bombardea afectivamente mediante reuniones cargadas de gestos y palabras melífluos, que constituyen para el adepto una auténtica luna de miel, que más adelante, cuando le tengan definitivamente seducido y socialmente atrapado en la red, se tornará en luna de hiel.

Se le graba a fuego al iniciado: "Tú eres hijo de la luz, los otros miembros de la familia son hijos de las tinieblas". Si no quiere contagiarse de su pecado, no tiene más que dos opciones: 1) convertir a los demás miembros de la familia; 2) aborrecerlos, separarse de ellos, recabando, eso sí, buenos dineros al cónyuge, en caso de separación o divorcio. El matrimonio mixto y aun la familia mixta, compuestos de sectario y no sectario, está amenazada de muerte. ¿Quién no conoce matrimonios armónicos que se han desintegrado a partir de la adhesión de uno de los

miembros de la pareja a un grupo sectario, por ejemplo, de los Testigos de Jehová?

Por una parte, el grupo sectario demoniza a la familia carnal, y por otra, los comportamientos sectarios constantemente provocan conflictos que sacan chispas en la convivencia familiar.

Los conflictos saltan por razón de creencias y de costumbres. Muchas sectas son muy puritanas; no permiten a sus adeptos participar en "espectáculos mundanos", baile, teatro, fiestas, porque son "pecaminosos". Con ello, ya tenemos un motivo de división en el matrimonio y en la familia.

Las sectas imponen, con frecuencia, prescripciones alimentarias. Los mormones tienen tajantemente prohibido el consumir bebidas alcohólicas; los adventistas tienen dieta vegetariana; muchas sectas son naturistas.

Podemos imaginarnos los conflictos originados en una familia en la que hay algún Testigo de Jehová, a la hora de plantearse la urgencia de transfusiones de sangre, aunque, recientemente, con un descarado oportunismo, y por miedo a que se les vaya la clientela o que la prohibición sea un obstáculo que impida nuevos ingresos han derogado "la ley divina" e intangible de la transfusión de sangre.

Hace pocos días se me presenta, angustiado, un hombre joven, casado. "Estoy deshecho —me dice—. Mi mujer debe estar en una secta. Por los libros que lee, pertenece al Movimiento Gnóstico Universal de España. Se niega a hacer el amor, porque dice que eso es muy materialista y grosero". Le cobran de cuota 5.000 pesetas al mes. Si no fuera por las dos hijas que tenemos, ya me habría separado de ella".

Sabemos cómo, en muchas sectas, es el líder el que determina la frecuencia y el cuándo de la relación sexual y que en algunas, incluso, tiene derecho de pernada.

¿Quién no se imagina las pocas posibilidades que tiene de sobrevivir una pareja en estas condiciones?

"Desde que mi mujer acude a las reuniones de los Testigos de Jehová —me dice, muy preocupado, un marido— tiene abandonada la casa: parece que no le importan los hijos, y menos yo. Siempre está de reuniones, de apostolado, de encuentros". Es que, justamente, las sectas buscan eso: acaparar al sectario para engullirle mejor, "para sacarle del mundo del pecado", para que no pierda por nada del mundo la referencia al grupo sectario.

La convivencia pacífica en el seno de la familia en la que hay algún miembro sectario es casi imposible, además, por su actitud cerril, fanáti-

ca, que le incapacita para el diálogo y la aceptación de otras formas de entender la vida y otra escala de valores. Ideológicamente, en la secta, se inculca al adepto un dogmatismo intransigente.

El adepto se vuelve, asimismo, insoportable para la familia por simples razones económicas. El sectario tratará de expoliarla para recabar fondos para la secta. Es muy posible que le inciten a dejar el trabajo para dedicarse a la predicación, al servicio de la secta. Se le conminará bajo amenazas divinas, porque la suerte de su "iglesia", su "asamblea", su "religión", depende de su generosidad y laboriosidad para colaborar económicamente. Por otra parte, "como el fin del mundo está al caer, ¿para qué quiere meter dineros en el banco cuando se podría hacer tanto bien empleándolo en multiplicar las arcas de Noe", que son sus Salones del Reino, en el caso de los Testigos?

De hecho, una encuesta que, en 1994, encargó la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal Española, ofrecía el siguiente dato, fruto de la constatación de los encuestados: "El 75% afirmaba que el ingreso de uno de los cónyuges en una secta provoca enfrentamientos familiares".

b) Las sectas contra la Iglesia.

Las sectas no sólo no saben convivir ecuménicamente, sino que atacan a la Iglesia, la critican ferozmente y provocan explícitamente el odio hacia ella. La desprestigian para poder extraer adeptos de ella. Basta participar en el culto de algunas para constatarlo inmediatamente. He participado reiteradas veces en cultos de los Testigos de Jehová y ves ¡con qué insistencia lanzan sus tiros con armas silenciosas contra ella!. En muchas zonas de América Latina y de Africa hacen verdaderas masacres religiosas. Sólo la Iglesia Universal crece atacando violentamente a la Iglesia y quitándole, al menos, tres millones de fieles.

Franc Rode, Secretario del Consejo Pontificio de la Cultura, afirma: "En casi todos los documentos eclesiales sobre los nuevos grupos religiosos se manifiesta una gran inquietud pastoral por el futuro de la Iglesia católica en América Latina".

Juan Pablo II, ya en 1988, confesaba a un grupo de obispos de Perú, en visita "ad límina": "Veo que en los diversos países de América Latina el problema número uno es cada vez más el problema de las sectas".

Los obispos españoles sintieron la necesidad de lanzar, ya el 5 de diciembre de 1989, a través de un documento de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales, el grito de alarma y de alerta sobre el

peligro que representan para las personas, las familias, la sociedad, la Iglesia y el ecumenismo. Es claro que la situación sectaria se ha ido agravando posteriormente.

Como resaltan todos los documentos del Vaticano, de las Conferencias Episcopales y de las otras iglesias cristianas, las sectas perturban el Movimiento Ecuménico. Ni dialogan ni dejan dialogar. Ellas sólo saben utilizar el "anatema".

Con respecto a la New Age (Nueva Era), a la que no se puede denominar precipitadamente secta, pero que es fuente que riega a plantíos sectarios, ha escrito el cardenal Danneels: "New Age (Nueva Era) constituye un gran desafío para el cristianismo. No solamente porque se propaga con tanto vigor, sino porque se enfrenta directamente al cristianismo, aunque asuma muchos de los elementos de la herencia cristiana, empezando por la Biblia.

Además, New Age (Nueva Era) se erige en religión planetaria, universal, en la religión que sucede a todas las religiones precedentes y aun a su perfección. La New Age (Nueva Era) sabe que su mensaje acaricia maravillosamente los sueños del hombre moderno".

c) Perturbadoras de la vida social.

Todos los documentos oficiales, que son muchos, tanto civiles como religiosos, insisten en que las sectas son asociales y perturban la vida social.

Los grupos sectarios no sólo no colaboran en la mejora social, sino que provocan atascos circulatorios en la convivencia. La sociedad ni su marcha les importa en absoluto. La sociedad es Sodoma y Gomorra, empecatadas en su totalidad. Se asoman a ella desde las saeteras de sus torreones para disparar; y si se acercan a ella es para esquilmarla económicamente y para depredar adeptos. No les interesa para más. Con respecto a ella, lo único sensato es desear su destrucción apocalíptica para que se instaure el reino teocrático que propician.

¿Es poca perturbación social el hecho de que haya un millón y medio de personas afectadas, por carambola, a causa de la "adicción" sectaria de un familiar?

Las sectas generan: *explotación laboral*. Hay en las sectas miles y miles de españoles fanáticamente sometidos a trabajos forzados en un total desamparo legal. Los hay que, obsesionados intencionadamente por la causa del grupo sectario, trabajan hasta dieciséis horas diarias. Las sectas,

por una parte, explotan a los pobres "adictos-adeptos", y, por otra, con la defraudación a Hacienda, escudándose en que se trata de entidad religiosa y humanitaria, ingresan limpiamente el fruto de su pillaje.

Las sectas generan *parasitismo*. Muchas sectas imponen a sus miembros la mendicidad, la explotación sexual, el fraude, los delitos fiscales (defraudan a Hacienda con el pretexto de que se trata de sociedades religiosas), y la depredación en diversas formas ("el fin santo y sagrado de la secta justifica el medio de la sustracción de los bienes, que están al servicio del mal en manos de los hijos de las tinieblas, que son los no-sectarios). "Si no dais a Dios el dinero, lo dais al demonio" —es el eslogan conminatorio de la Iglesia Universal—.

Muchas personas que jamás mentirían, robarían, extorsionarían, estafarían, se prostituirían o perjudicarían a nadie en beneficio propio, engranados en la secta son capaces de mancharse las manos, aun con repugnancia interna, en favor de la secta, "santuario de Dios".

Muchos grupos sectarios son un colectivo de zánganos que viven del cuento y del expolio a los demás, de la explotación de los infelices adeptos, gente de buena voluntad, fanatizada.

Las sectas que tienen su filial de partido político constituyen un auténtico "trombo" en el cuerpo social en el que están alojadas. A la larga, pueden tener una gran influencia en las instituciones debido a su poder político. Su proyecto de largo alcance es siempre un orden teocrático enteramente controlado por la secta.

Un ejemplo de la influencia y el poder que puede desencadenar una secta es la Iglesia Universal en Brasil. Es un verdadero imperio religioso-financiero. Se ha dicho que es la mayor industria exportadora de Brasil. Se ha convertido en un coloso de los medios de comunicación. Recoge de los adeptos, al menos, mil millones de dólares al año. Posee la segunda red de televisión por audiencia (Red Récord), 40 emisoras de radio, un semanal con un millón de ejemplares, una financiera en las Islas Caimán, un barco, una compañía de seguros, empresas editoriales, de discos, videos, una fábrica de muebles para iglesias y otros negocios.

Tanto la Iglesia Universal del Reino de Dios como otras denominaciones fundamentalistas han incrementado su representación en el Parlamento brasileño tras las últimas elecciones, según revela un informe elaborado por el sociólogo Alexandre Fonseca. El estudio señala que el nuevo Congreso Federal tiene 35 parlamentarios evangélicos, 14 de ellos de la controvertida Iglesia Universal del Reino de Dios (IURD), de Edir Mace-

do. Por su parte, la Iglesia Neopentecostal colocó 6 diputados federales y consiguió 26 diputados en 17 estados y en el distrito federal (Brasilia).

Las sectas general incontables *delitos* y *conflictos*. Los juzgados y las comisarías están llenas de denuncias. Esto ha obligado a que se creen, a nivel urbano, autonómico y nacional, cuerpos de policía especializados en el fenómeno sectario.

Un documento alertador de los obispos de América Central y de Panamá (noviembre 1986) describe certeramente la lava que vomitan los volcanes en erupción que son las sectas:

"Degraciadamente, el proselitismo agresivo de las sectas, con su fundamentalismo bíblico, su pseudoespiritualismo, el recuerdo al temor como medio de conversión y su frecuente utilización política, hace imposible cualquier diálogo ecuménico... además de empujar a la apostasía, dividen las familias y los pueblos, destruyen los valores culturales autóctonos, dañan psicológicamente a las personas, crean una actitud de conformismo alienante y conducen a corto plazo al más craso indiferentismo religioso". He aquí una enumeración certera de las tormentas de pedrisco que desencadenan los grupos sectarios en la persona, en la familia, en la Iglesia y en la sociedad.

4. *No sabe, no contesta*

Ante la interpelación que supone el fenómeno sectario, esas numerosas células de terroristas del espíritu esparcidas por el cuerpo social, la respuesta es tímida y tibia. De vez en cuando se oye el grito de algunos familiares de sectarios, se sigue alguna tertulia por radio o televisión sobre el tema, se llega a saber de alguna situación dramática causada por alguna secta; pero, mientras no afecte a alguien inmediato, los ciudadanos y los cristianos se desentienden olímpicamente del tema: "este no es mi problema, no es nuestro problema familiar".

Creo que, salvo escasas excepciones, en su mayoría personas afectadas por carambóla, la respuesta ante el fenómeno sectario es de *desconocimiento, ingenuidad y pasividad*.

En primera fila, en la sala de conferencia, como un participante más en el encuentro nacional celebrado en Madrid los días 7 y 8 de diciembre de 1994, estaba el obispo emérito de Ciudad Real (el único); seguía las conferencias con una mirada atónita y con un silencio ejemplar. Intervino el último día: "Estoy atónito ante la realidad sectaria que me habéis

descubierto. No salgo de mi asombro. Esto tengo que comunicarlo con palabras de fuego en la primera plenaria de obispos que tengamos". Si los obispos están un tanto ayunos del tema, nos podemos imaginar cómo andará el pueblo.

En el estudio de Lalo Azcona sobre la encuesta previa al encuentro de sectas, en Madrid, 1994; encuesta que se había realizado entre sacerdotes, religiosos y seculares implicados en la pastoral, se puso de manifiesto un *desconocimiento* preocupante del fenómeno sectario, incluso entre responsables de colegios y delegados diocesanos y nacionales de diversas áreas pastorales, lo cual aumentó la preocupación de la Delegación Episcopal de Ecumenismo. No voy a reproducir los crasos y comunes errores que reflejaban las encuestas y que, por otra parte, se reflejan también en las consultas que se me hacen.

Estamos ante un tema que, a pesar de las constantes referencias de los medios de comunicación social, es desconocido, porque las informaciones que proporcionan es superficial, fragmentaria y sensacionalista.

Con toda razón, el Vaticano considera de tanta urgencia la información de los sacerdotes sobre las sectas que ha ordenado que se organicen cursillos en los seminarios sobre ellas.

Hay desconocimiento con respecto a la magnitud de la población sectaria, con respecto a su naturaleza, con respecto a la identificación sectaria de grupos religiosos.

Recuerdo que, cuando estaba al margen del drama sectario, lo minimizaba y pensaba que se trataba simplemente de cuatro locos sueltos. En realidad de verdad, para mí el fenómeno sectario se reducía a los encuentros callejeros o a las llamadas a los pisos de los Testigos, al folklore de los Hare Krishna, a los Mormones, jóvenes misioneros, montando su tenderete en lugares estratégicos de las ciudades, y poco más. En la superficie social no se ve más. La población sectaria no sobresalta a los ciudadanos. Como casi todo ocurre en las tinieblas de la clandestinidad y del misterio; como no ocasionan espectáculos callejeros, al revés de lo que ocurre con los alcohólicos y drogadictos; como no asaltan a punta de navaja para recabar fondos; como no secuestran físicamente a nadie; como lo que la gente percibe es el rostro misticoide y la cara de circunstancias de las personas y los grupos sectarios, los ciudadanos sencillos ni sospechan los sacrificios humanos que, a nivel psicológico, tienen lugar en sus conventículos.

Hay también bastante *ingenuidad* sobre la peligrosidad que entrañan. Con frecuencia te encuentras personas, incluso cultas y de Iglesia, que ante tus alertas te atajan: "... pues yo conozco a unos cuantos testigos, adventistas, mormones... y no es para tanto; son buena gente"...

Claro que no son todas satánicas, vampíricas como la del Templo del Sol o de la Restauración de los Diez Mandamientos que provocaron verdaderas masacres, pero, a la larga, todas son deformativas y ocasionan trastornos psíquicos.

Confieso que yo mismo era un gran ingenuo antes de penetrar en estos peligrosos antros. Creo que tenemos suficientes y autorizadas voces, como la del Parlamento Europeo, la del Vaticano, la de nuestro Congreso de Diputados, la de los sociólogos, como para no seguir durmiendo en la inconsciencia.

Un alto jefe de la Policía especializada en el fenómeno sectario afirmaba hace unos años: "Con respecto al fenómeno sectario nos va a ocurrir lo mismo que nos ocurrió con las drogas, nos vamos despertar cuando sea tarde". Ya es tarde, y muchos todavía no se han despertado.

En los que desconocen el fenómeno o su gravedad se da por descontada la *pasividad*, pero, desgraciadamente, la pasividad no afecta sólo a los ignorantes sino también a muchos comodones que se inhiben. Muchos matrimonios y familias ni se enteran ni quieren enterarse, ni oyen ni quieren oír el grito de tantos prisioneros en el campo de concentración de las sectas. El problema no tiene ni tendrá (se imaginan) nada que ver con ellos. Si otros están afectados, es su problema, que luchen... "Seguro que han tenido su buena parte de culpa". He conocido matrimonios encastillados en esta actitud de indiferencia a los que grupos sectarios les "secuestraron" sus hijos/as, y gritaban como locos denunciando a las sectas y pidiendo auxilio.

No es éste el lugar de levantar el grito contra el desamparo social en que se ve la población, coto de caza y de pesca para estos cazadores y pescadores furtivos, desprovista de medios veraces y pedagógicos de información y alerta. También están desamparadas las familias afectadas por la adhesión-adicción de uno de sus miembros a la secta; están desamparados los exadptos en su proceso de recuperación psicológica. ¿Con qué instituciones de orientación, de ayuda se cuenta? ¿Quién no percibe la diferencia que, en este sentido, existe entre las ayudas prestadas a otras adicciones, como el alcohol, la droga, la ludopatía y las prestadas a prevenir y a curar de la adicción sectaria?

Las sectas, como afirma el valioso documento vaticano "Las sectas y los nuevos movimientos religiosos" son un "signo de los tiempos" ante el cual Dios nos pide una respuesta. Y la respuesta exige, en primer lugar, informarse, sensibilizarse ante su magnitud, su peligrosidad, los métodos de captación y adoctrinamiento coactivo de que se sirven las sectas.

Y, en segundo lugar, una vez sensibilizados, estamos urgidos a sensibilizar a nuestro entorno familiar, catequético, laboral y vecinal.

II. TRANSMITIR EL GRITO DE ALERTA

Los responsables de las catequesis, sensibilizados, han de sensibilizar; informados, han de informar; prevenidos, han de prevenir:

1) *A los padres*, proponiendo el fenómeno sectario como tema de diálogo con sus hijos. Hay muchos padres que viven gloriosamente descuidados mientras no pasa nada. Con frecuencia muchos padres acuden llorando y pidiendo una lancha de salvamento y ejercicios de recuperación cuando sus hijos son ya náufragos en el grupo sectario con sus pulmones encharcados y resulta muy difícil reanimarlos. Y lo malo es que dicen los psicólogos que nunca ya se recuperarán del todo si es que han sufrido lesiones graves en su psicología. ¡Con lo fácil que hubiera sido haber dado a tiempo un grito de alerta! Hasta ahora los padres debían informar y prevenir a sus hijos sobre la droga, las malas compañías, el sexo; ahora habrán de añadir el de las sectas. He aquí un tema nuevo para charlas en colegios, organizaciones juveniles y parroquias, asociaciones culturales y asociaciones de vecinos.

Las organizaciones catequéticas y los responsables de la formación religiosa de los colegios han de provocar esta preocupación en los padres de sus alumnos para que reclamen a las APAS, a la Dirección del colegio, orientación sobre el tema en los locales parroquiales. Lo mismo hay que decir en lo que respecta a las Asociaciones de Vecinos.

Después de haber dado charlas en todos los ambientes indicados, testifico la cara de asombro con que escuchan los participantes y lo que agradecen las reflexiones alertadoras que se les hacen.

En algunas parroquias la charla la hemos tenido durante el tiempo en que los niños o adolescentes participan en la reunión catequética.

Los padres y educadores, además de mentalizarse sobre las graves lesiones psicológicas que ocasiona a los jóvenes su pertenencia a un grupo sectario, han de conocer los medios de captación. Han de estar advertidos y advertir sobre el peligro de grupos desconocidos, reuniones, conferencias y literatura, redes arteralmente tendidas para cazar incautos.

He conocido hijos de sociólogos y psicólogos cazados por sectas; cuando se dieron cuenta, ya era tarde. Es preciso conocer sus artes y mañas de caza y pesca, para estar advertidos y advertir a hijos y alumnos. A veces, un par de muchachos o muchachas que invitan "ingenuamente" a pasar un rato juntos, que invitan a integrarse en un grupo, son los últimos tentáculos de una secta que termina devorándolos.

Los padres tienen necesidad de conocer los síntomas (conducta extraña, cambios bruscos, secretismo, ausentismo del hogar) que revelan la pertenencia a un grupo sectario.

2) *Catequistas y profesores.* Los responsables de la catequesis parroquial han de urgir y proporcionar los medios para que sus catequistas se sensibilicen ante el fenómeno sectario y retransmitan la voz de alarma y alerta ante la tentación sectaria que posiblemente sufran ya algunos de sus catequizados.

En las charlas a los alumnos suelo preguntar antes de iniciarlas: ¿Qué es para vosotros una secta? ¿Qué sectas conocéis? ¿Qué sectas o grupos religiosos os han contactado? El desconocimiento es bastante general y agudo. Muchos responden: "Bueno, me han venido a hablar los Testigos; pero esos no son secta, ¿verdad?" Ellos y otras sectas comienzan la caza y captura de sus adeptos a partir de los diez años. Lo mismo hay que afirmar de los profesores, no sólo de Religión y Ética. El problema sectario es un problema humano que va más allá de la cuestión religiosa; se trata, nada menos, que de un atentado a la integridad humana. Por eso concierne a todos los responsables de la educación.

A catequistas y profesores les compete abrir los ojos de sus alumnos sobre estas trampas peligrosas.

3) *Los centros catequéticos y los colegios* han de proporcionar a los alumnos medios directos e inmediatos de información tanto en la institución catequética como en los colegios, sobre todo cuando los alumnos están entrando en la adolescencia.

En algunos colegios públicos, un buen porcentaje de alumnos ha solicitado como tema preferente para charlas el religioso, aunque, en

realidad, según el testimonio de los profesores, más les interesaba la vertiente de los nuevos movimientos religiosos con influencias orientales como Nueva Era, por lo que tienen de novedosos. He partido de su inquietud, pero luego desarrollé fundamentalmente el tema de las sectas, y les resultó sorprendente y alertador.

Lo mismo que han de oír de boca de sus padres y profesores han de escuchar en conferencias y encuentros de boca de expertos que les merecerán toda credibilidad al presentarles el fenómeno sectario en toda su crudeza y peligrosidad. Es necesaria su palabra autorizada porque, a la de sus padres y profesores tan vez la achauen de alarmista.

Los mensajes que hay que comunicar a los adolescentes y jóvenes son los mismos que a los padres: la peligrosidad (adónde conduce la adhesión a una secta); los métodos de captación (no adherirse a ningún grupo sin conocer por dentro su naturaleza); no jugar a hacer nuevas experiencias (las sectas saben mucho más y tienen perfectamente programado por psicólogos los métodos de captación), los rasgos que permiten sospechar que un grupo es sectario, los métodos de adoctrinamiento o sometimiento psicológico.

III. PREVENIR

No debe faltar el alertamiento verbal, el prevenir con la palabra, pero es más urgente la prevención vital, procurar unas condiciones ambientales que reduzcan al mínimo la vulnerabilidad de los adolescentes y los jóvenes.

"En la comunidad (sectaria) — me confesaba no hace mucho una joven universitaria ex sectaria— he encontrado lo que nunca he tenido en mi casa, siempre revuelta. He encontrado un lugar donde poder contar mis cosas, tener amigos, y unas pautas de vida que me hacen sentir segura". Había sido alumna de un colegio religioso.

La prevención imprescindible para evitar todo tipo de adicciones es siempre una familia unida, afectivamente realizada, una familia-hogar.

Los miembros de la familia desestructurada, tanto los hijos como los padres, son candidatos más fácilmente captables por las sectas. Ellas les ofrecen lo que más ansiosamente anhelan: *seguridad, protección y afecto*.

Son familias más vulnerables al acoso sectario: Las familias con baja formación religiosa y, sobre todo, con escasa *vivencia* (experiencia)

religiosa. Son vulnerables los chicos, las personas que no han recibido una educación para los valores, los que no han encontrado un sentido para la vida, unas razones para vivir, un por qué luchar ilusionadamente. "Nos habéis llenado la barriga —increpaban a los adultos con una pintada los jóvenes del '68—, pero no nos habéis dado razones para vivir". Las sectas, de entrada, se presentan ante el joven con retos radicales que les seducen. En este radicalismo está el secreto de su imantación; es lo que les ocurre a ciertos movimientos racistas. En este sentido, el fenómeno social que presentan las iglesias tradicionales en manifestaciones religiosas aparece amorfo, sin capacidad de encender entusiasmos.

Entre los *factores de vulnerabilidad* al proselitismo de las sectas, según el esquema de Asch, figura el sistema familiar moderadamente disfuncional. Los factores que acentúan la vulnerabilidad son:

- Síndrome de "ausencia del padre";
- carencia de guía, estructura y dirección de límites paternos;
- carencia de atención y afecto positivos e incondicionales;
- pobre comunicación familiar, especialmente el uso de vínculos dobles por parte de los padres;
- conflicto paterno y materno permanente².

Las personas desencajadas del núcleo familiar, a la intemperie psicológica, son presa fácil para los cazadores furtivos, que son los proselitistas sectarios.

Un reto, pues, para las diócesis, las parroquias, comunidades y movimientos cristianos, es cuidar la salud de la familia; desarrollar una pastoral familiar vigorosa, constituir grupos y comunidades matrimoniales; cuidar esmeradamente la preparación al matrimonio.

El hogar, sobre todo a los adolescentes y jóvenes, les resulta un ámbito angosto. Necesitan el grupo, la pandilla, el grupo pequeño y el grupo grande para sentirse seguros.

Es preciso ofrecer a los que carecen de hogar, un hogar alternativo. Y a los que lo tienen, un grupo o una comunidad que complementen la necesidad de apoyo, de integración y realización social que toda persona necesita.

Esto implica la creación de centros culturales, deportivos, religiosos, folclóricos. No basta con ir colgando letreros en las puertas de centros

² Asch, *Factores de vulnerabilidad* (American Family Foundation 1985), citado por José María Vázquez, *Familia y sectas*, p. 55.

sectarios con la voz de alerta: "Lugar peligroso". Es preciso ofrecer a los jóvenes, a los ciudadanos, especialmente a los que sufren marginación, emigrantes, parados, solos, lugares de encuentro y de acogida en los que se sientan como en su casa.

Esto compete a instituciones del Estado, a las asociaciones de vecinos, a las parroquias y entidades humanitarias.

Aquí sí que tiene validez el refrán castellano: "Más vale prevenir que curar". Esto me recuerda al fenómeno de los inmigrantes ilegales. ¡Qué difícil resulta el detener la avalancha de los que arriesgan incluso la vida en busca del paraíso del primer mundo! Habrá que darles razones para vivir en su propio país para que no se fuguen en busca de una vida mejor.

IV. OFRECER UNA ALTERNATIVA ECLESIAL CONVINCENTE

1. *Las sectas, "signo de los tiempos"*

El documento vaticano *Las sectas o nuevos movimientos religiosos*³ y el de nuestros obispos de España denominan a las sectas "signo de los tiempos, que hay que leer a la luz de la Palabra de Dios" (n. 8). Dios nos habla, indudablemente, a través de este fenómeno de alcance planetario. No se trata de una noticia de periódico local, sino de una noticia de primera página en la prensa mundial. Las sectas son una realidad con un peso considerable en este momento en la historia.

Dios nos increpa y *acusa* a través de la realidad social de las sectas. La Iglesia "también" ha de sentirse culpable. Así lo reconoce ella misma. Las sectas no son setas (hongos) que han nacido solas; ha habido un "humus", un ambiente, unas carencias, unos errores.

De la misma manera que el Concilio reconoce la parte de culpa que, en el fenómeno del ateísmo y la increencia, tienen muchos cristianos que "velan" más que "revelan" el rostro de Dios (GS 19), lo mismo hay que decir con respecto al fenómeno de las sectas. El autorizado, denso y ponderado documento vaticano "Las sectas y los nuevos movimientos religiosos" (1986), inductivo, elaborado después de una consulta a todas las iglesias diocesanas del mundo, afirma taxativamente: "Las respuestas

³ Secretariado para la Unidad de los Cristianos, "Desafíos pastorales. Sectas o nuevos movimientos religiosos": *Ecclesia* (1986) n. 2267, p. 20-31.

al cuestionario evidencian muchas deficiencias e insuficiencias en el actual comportamiento de la Iglesia, que pueden facilitar el éxito positivo de las sectas" (n. 3).

"Las razones de los éxitos positivos de las sectas o nuevos movimientos entre los católicos -afirma asimismo el documento- son diversas y se pueden catalogar a diferentes niveles. Están en íntima relación con las necesidades y aspiraciones, que aparentemente no alcanzan dentro de la Iglesia" (n. 15). En diversos pasajes afirma categóricamente: Las iglesias tradicionales no han sabido responder a los anhelos del hombre moderno.

El fenómeno sectario es un "signo de los tiempos", a través del cual el Señor Jesús, además de "acusar" a su Iglesia y echarle en cara la parte de culpa que tiene en su generación y desarrollo, la *provoca*. En primer lugar, a la conversión y a la renovación. En este sentido, ¡qué grandeza y qué gran atisbo evangélico ha supuesto la petición de perdón de Juan Pablo II a la humanidad entera. La misma Iglesia se ha dado por enterada de la llama del Señor a la confesión a través del grito que supone el fenómeno sectario. Lo confiesa en el citado documento vaticano. "Sin insistir demasiado sobre las reconocidas deficiencias e insuficiencias -afirma el documento-, queremos ante todo hacer hincapié en los enfoques pastorales positivos, que han sido sugeridos y pedidos explícitamente en las respuestas al cuestionario. Si se lleva a cabo, el desafío de las sectas podría ser un estímulo para una renovación espiritual y eclesial" (n. 3).

Esta renovación visceral, desde dentro, de la Iglesia tiene otra expresión equivalente: "Vivir el concilio".

Es la única solución cabal al desafío de las sectas, del ateísmo, del agnosticismo y de la indiferencia. "Como solución global al presente problema, el sínodo invita a un estudio y a un conocimiento integral del concilio, a una asimilación interior del mismo y a llevarlo a la práctica", sanciona rotundamente el documento (n. 5.3).

Y, para que la referencia no sea indefinida, la concreta en unas líneas fundamentales de actuación que formularé un poco más tarde.

Las sectas, según el citado documento vaticano, constituyen también un *desafío*.

2. *Las sectas, un verdadero desafío*

Documentos oficiales, teólogos y sociólogos cristianos que han reflexionado sobre el fenómeno sectario, pastores y pastoralistas, así como el mencionado documento, coinciden en calificar a las sectas de "desafío" a la Iglesia.

"Las respuestas al cuestionario -deja constancia el documento vaticano- muestran que el fenómeno de las sectas se debe considerar no sólo como una amenaza a la Iglesia..., sino también como un *desafío pastoral*". En todo el documento, la palabra y su contenido son un leit motiv (Prefacio 1.6; 4).

"El "desafío" de los nuevos movimientos religiosos -afirma también- consiste en estimular nuestra renovación para una mayor eficacia pastoral" (n. 15).

Ya hace años los teólogos J. Coleman y Jean Vernet, por citar a algunos, repiten enfáticamente el mismo concepto y la misma palabra: "Las sectas son un *desafío* para la Iglesia, que ella ha de tomar muy en serio".

J. Coleman resume el desafío de los nuevos movimientos religiosos en tres puntos básicos: "Los nuevos movimientos religiosos -dice- representan un evidente desafío a la Iglesia para que busque estos tres valores que buscan otras personas: una integración cultural cristiana adecuada a la religión experiencial, una comunidad genuina y un auténtico carisma"⁴.

3. *Valores verdaderos, frente a valores falsificados*

Aunque ellas los encarnen de manera aberrante y capciosa, las sectas apuntan, sin embargo, a unos valores, a unos signos de los tiempos que los cristianos hemos de tener muy presentes y a los que hemos de responder con legitimidad, sin falsificaciones tramposas como ellas. De las sectas habría que decir lo que decía Chesterton de la herejía: "es una verdad que se ha vuelto loca", rematadamente loca, pero sin dejar de ser verdad, algo de verdad al menos.

La oferta positiva de valores, en consonancia con los interrogantes y anhelos del hombre moderno y, sobre todo, de los jóvenes, es la única respuesta válida para que los "cristianos" no emigren a las sectas, la

⁴ J. Coleman, "Presentación": *Concilium* 181 (1983) 12.

indiferencia, la increencia, el agnosticismo y para que los ya emigrados retornen a la Iglesia.

a) Exigencia, sin elitismos.

Sugiero, nada más, los desafíos que las sectas plantean a la Iglesia y las respuestas que a ésta le corresponde dar.

Encuestas y testimonios revelan que muchos de los adeptos y ex adeptos se engancharon en las sectas seducidos por su ascetismo monacal y su moralismo exigente. Podría ilustrarlo con numerosos ejemplos. Así lo reconoce también el documento vaticano (n. 2.1.2).

La imagen popular del sectario es la de una persona que no consume bebidas alcohólicas, no fuma, come morigeradamente y, en algunos casos, es vegetariano; no participa en fiestas de sociedad, no asiste a espectáculos, practica el yoga o el zen; en definitiva, algunos se aproximan a nuestros cartujos o trapenses en cuanto a la dureza de las prácticas de ascetismo.

Es claro que se trata de una moral enfermiza y enfermadora, porque padece de presunción, fariseísmo, arbitrariedad y extrincidad en sus prescripciones. Se trata de una moral que no tiene nada de personal ni personalizadora. Sólo en lo exterior se asemeja a la verdadera ascética cristiana.

Pero, la verdad es que esos aires de heroicidad y de superioridad moral tienen poder de hechizo para muchas personas, sobre todo, jóvenes, que dedeñan el amundanamiento, la disolución de los cristianos y el cristianismo *ligh*, de rebajas.

No hay que olvidar jamás esto a la hora de acompañar a nuestros cristianos, sobre todo jóvenes, en su formación humano-cristiana. A la larga y en el fondo, desestiman y desprecian lo facilón y aman lo arriesgado y radical.

Los cristianos: ¡no *distantes*, pero sí *distintos*! Nuestra vocación de levadura y de sal así lo exige. Si no somos *distintos*, ¿cómo vamos a esponjar la masa apelmazada?, ¿cómo vamos a transmitir el grato sabor de la sal? Pero, si somos *distintos*, y al mismo tiempo *distantes*, ¿cómo vamos a influir en el resto de la masa?

Frente a un cristianismo *light* hay, pues, que presentar un cristianismo radical, vigoroso.

b) Comunión, sin deglución.

Que la oferta del calor de hogar, de amistad, de compañía, es la mayor fuerza imantadora de las sectas es una evidencia sociológica que comprueban todas las encuestas, reconoce el documento vaticano sobre las sectas (n. 2.1.1 y 2.1.2) y reconoció el Papa en Tabasco (México)⁵.

Ya en encuestas de hace quinquenios, las respuestas al "*por qué*" muchos cristianos latinoamericanos trasmigraban a las sectas era, según el 92%, "porque en los nuevos grupos encontraban amistad", "se preocupaban de ellos", "todos se querían como hermanos", "nos ayudamos mucho".

Las sectas se presentan al hombre actual, enfermo de soledad y hambriendo de compañía, como un hogar cálido. Y éste es para muchos un cebo irresistible.

La tragedia para los adeptos estará en que la secta los deglute y los aniquila como personas.

El desafío de la Iglesia es claro. No se trata de inventar nada, sino de hacer el milagro de ser "uno", como nos pidió Jesús, para que el mundo crea (Jn 17,21).

El varias veces citado documento vaticano sobre las sectas reconoce honrada y lealmente la parte de culpa de la Iglesia en la expansión de las sectas, por no haber ofrecido al hombre moderno un hogar religioso (nº 1.5). Al mismo tiempo recoge el clamor universal de la Iglesia pidiendo la promoción de más comunidades vivas (n. 3.1).

La constatación está ahí como una invitación indeclinable: donde hay comunidades cristianas vivas no hay emigración eclesial hacia las sectas.

La respuesta al desafío sectario reclama la desmasificación de nuestros practicantes, la oferta visible de comunidades vivas, la atención personalizada a quienes se acercan a nuestras parroquias y lugares de culto.

Nuestras parroquias no han de reducirse a meros lugares de culto; han de ser lugares de acogida, de encuentro. Un espacio, por lo demás, en el que se propicien ocupaciones y tareas que llenen el tiempo libre de tantas personas, sobre todo, de mujeres de mediana edad, tentadas por las sectas con responsabilidades que les hacen sentir socialmente realizadas.

⁵ ABC, sábado, 12 de mayo de 1990.

c) Participación, sin explotación.

La persona, para expresar y reafirmar su identidad, y para sentirse feliz, necesita crear, participar en una actividad social, necesita saberse socialmente útil.

Por eso, los jóvenes, a la hora de escoger alguna asociación en que integrarse, exigen como una de las condiciones más importantes, sino la más importante, que sea *participativa*. Eso exige, nada menos, que el 95% en una encuesta, científicamente seria, encomendada por una comisión interministerial.

Las sectas responden capciosamente a esta necesidad básica de la persona. Uno de los ámbitos en los que se conceden una amplia participación es en el celebrativo. El documento vaticano reconoce que ésta es una de las fuertes razones por la que apresan a muchos adeptos (n. 2.1.5).

El reverso de la participación sectaria es que constituye una forma descarada de explotación. Las sectas propician la participación, no con finalidad personalizadora, sino por pura productividad. En las grandes decisiones no dejan ámbito de participación a las bases. Son descaradamente verticalistas y autoritarias.

Sabemos que la corresponsabilidad de todos los miembros de la comunidad cristiana es esencial en la Iglesia y nace de nuestro ser de "sacerdocio real" (1 Pe 2,9-10) y de miembros de un mismo cuerpo, enriquecidos todos con carismas. Pero, de hecho, la mayoría de nuestros fieles quedan reducidos a un número de registro en el libro de bautismo y a un ocupante de banco en las celebraciones religiosas; y los más activos, a monaguillos, peones o sacristanes.

"Debería haber —afirma el documento vaticano sobre sectas— espacio para una gozosa creatividad, fe en la inspiración cristiana, capacidad de "invención", un mayor sentido de la celebración comunitaria" (nº 3.5).

¿Nos imaginamos la revolución eclesial que originaría la puesta en práctica de estas orientaciones vaticanas?

d) Reanimar el corazón, sin perder la cabeza.

"La sabiduría me da asco", ésta es la confesión que alguna persona o algún grupo hacía con una reciente pintada en el Metro madrileño. Otro escribió: "La sabiduría me persigue, pero yo corro más". Muchos de nuestros contemporáneos, sobre todo jóvenes, si no hacen esta confesión con los labios, la hacen con su actitud vital.

El hombre postmoderno ha destronado a la diosa *razón* que había entronizado el hombre moderno, y en su lugar ha colocado el dios *senti-**miento*, el subjetivismo, la experiencia, la vivencia.

Una vez más, las sectas le ofrecen el producto que, según las modernas técnicas de *marketing*, demandan los consumidores.

Ya empiezan por transmitir la creencia, no por la vida de planteamientos racionales, sino por vías emocionales de "afección- desafección", "simpatía-antipatía", y a base de clichés doctrinarios prefabricados por los líderes.

En las sectas se prohíbe pensar, se impide astutamente toda posibilidad de crítica y análisis, se desacredita expresamente la racionalidad. En algunos grupos sectarios se formula este principio con toda desfachatez: "La mano no piensa; la mano ejecuta; ya se encarga la cabeza de pensar (los líderes o dirigentes, claro). No olvides que tú eres mano que ejecuta".

Las aberraciones sectarias nacidas de este culto programado y malintencionado a la diosa "sinrazón", a la emotividad irracional, son evidentes: pérdida de referencia a los valores absolutos, incoherencia vital, subjetivismo y relativismo exacerbados. Las sectas cambian sus credos sin asombro ni escándalo de sus adeptos. Es verdad lo que decide la secta que sea verdad, y punto.

Las sectas nos incitan a los cristianos a reanimar el corazón, pero sin perder la cabeza. Nos incitan a dar a la afectividad y a la experiencia el lugar primordial que les corresponde en la vivencia de la fe.

Esto significa: 1) dar a la fe una dimensión de relación personal con Dios en Cristo; 2) reconcer en la experiencia humana un lugar teológico de la manifestación del Señor; 3) vivir la fe y expresarla desde los símbolos, los signos, la expresión corporal, el ritmo, el canto.

e) Misioneros, sin proselitismo fanático.

El proselitismo fanático de las sectas es de evidencia callejera. Es esa ardorosa militancia proselitista la que explica su rápida expansión, como reconoce el documento vaticano sobre las sectas (n. 1.2; 1.3.) y la que ha sembrado la alarma en el mismísimo Parlamento Europeo alertado por el informe Cottrell ⁶.

⁶ C. Vidal Manzanares, *El infierno de las sectas* (Bilbao, Mensajero, 1989) 185.

En los grupos sectarios se conmina a los adeptos con la ira y los castigos de Dios si no "litifican", si no hacen "el servicio del reino", si no consiguen más y más adeptos. Esto crea en ellos un fanatismo místico. He escuchado a muchos "ancianos" de los testigos de Jehová inflamar a los adeptos con fogosas prédicas que enaltecían "el ministerio del campo", el proselitismo. He escuchado en conversaciones privadas y de incógnito a numerosos testigos de Jehová relatarme orgullosos las contrariedades, los portazos en la narices sufridos en sus intentos de colarse en los domicilios para implantar su fanatismo jehovista. Sienten la alegría de mártires.

Detrás de todo, es claro, está el dinero. Porque un adepto más, es un productor gratuito más. Se fanatiza denigrantemente a los adeptos para instrumentalizarlos con esta finalidad.

Mientras —según una encuesta verificada ya hace años— entre los sectarios hay un 92% de proselitistas, sólo el 7% de los católicos había realizado alguna acción misionera y, por cierto, en un 65%, con resultados positivos.

Este activismo proselitista de las gentes sencillas que, con buena voluntad, militan por su secta, debe constituir un grito provocador de Dios para los cristianos. He escuchado a muchos cristianos: "Nos debería dar vergüenza que los de las sectas anuncien con tanto calor su religión y que nosotros seamos tan despreocupados para anunciar nuestra fe". Tienen toda la razón del mundo. Este es un indicador bien negativo de lo apagada que está la fe de muchos "cristianos" nominales.

Repito con frecuencia una afirmación que sobresalta, pero que a mí me resulta incontrovertible: El que no anuncia su fe, no la tiene o la tiene mortecina y dormida bajo las cenizas.

Una experiencia profunda que toca el centro del ser, necesariamente lleva a la proclamación de la Buena Noticia. Esto lo sabemos de sobra por la historia de todos los convertidos que en el mundo han sido. Por eso, un cristiano, una comunidad cristiana, que no siente necesidad de gritar su fe, están espiritualmente enfermos o son cristianos enteramente infantiles.

f) Servir "a" los marginados, sin servirse "de" los marginados.

El fenómeno es relativamente frecuente en plazas, parques y estaciones: grupos de jóvenes, llenos de entusiasmo y misticismo, cantan acompañados de guitarras, cantan emotivamente a Cristo "que nos ha devuelto la vida", "nos ha dado la ilusión de vivir". Terminada la canción, hacen

confesiones públicas de su pasado de drogadicción, alcoholismo, prostitución y vida degradada, y pregonan la dicha de su nueva vida, gracias a Jesús, gracias al grupo que les ha puesto en contacto con El. Son miembros de Remar (filial de Hosanna), Nuevo Amanecer, Drogonón, o de alguna otra secta.

Es un hecho incuestionable que las sectas, en su gran mayoría, se acercan a los sectores desafortunados, desgraciados, desheredados y sufrientes de la sociedad: drogadictos, alcohólicos, abandonados, solos, ancianos, desamparados, personas en crisis, jóvenes en conflicto, desencantados, personas o familias lesionadas por la desgracia. Así lo reconoce el mismo documento vaticano sobre las sectas (n. 2.1.1).

¿Estaremos ante los nuevos "buenos samaritanos" de nuestra sociedad? Tristemente, estos nuevos "buenos samaritanos" que van en busca (porque van en busca) de los malheridos y arrumbados en la cuneta, no son como el *buen* samaritano de la parábola que entrega al malherido su cariño, le venda las heridas y, además, le paga de su bolsillo el costo de la posada. Lo que las sectas buscan es rehabilitar y adiestrar nuevos obreros gratuitos para la empresa y justificar las cuestaciones callejeras, la solicitud de ayuda al Estado, y dar un rostro humano a la secta.

En consecuencia: las sectas no buscan primariamente servir "*a*" los marginados, sino servirse "*de*" los marginados.

Con todo, su acercamiento a ellos no deja de ser un colosal desafío para nosotros, los cristianos. ¡Cuántos padres internaron a sus hijos, sin cuestionarse siquiera su signo ideológico, en centros sectarios porque no había otra alternativa!... ¿No seremos capaces los discípulos de Jesús de hacer por ellos lo que los adeptos hacen por sus beneficios? Es esperanzadora la constatación que hace el documento vaticano: "Casi todas (¡casi todas!) las respuestas a la encuesta —certifica— piden comunidades abiertas y que quieran ayudar a personas con problemas especiales: divorciados y "vuelos a casar", "marginados" (n. 3.1).

Pero la Iglesia de Jesús no sólo ha de ser la Iglesia "*para*", sino que ha de ser la Iglesia "*de*" los pobres. La Iglesia necesita de los pobres tanto como los pobres necesitan de la Iglesia.

g) La Biblia, sin manipulación.

"Nos sentimos abochornados —me confiesan muchos feligreses de diversas parroquias— ante la lluvia de citas de la Biblia con que nos atur-

den los Testigos, los Mormones u otros sectarios. No sabemos qué responderles".

Nos resulta a todos familiar la figura de un testigo de Jehová o de un mormón con la Biblia bien señalada con orejas, indicadores y subrayados. El manejo de la Biblia por parte de las sectas es una estrategia sumamente certera. Nos imaginamos la fuerza contundente que tienen los textos (¡"Palabra de Jehová!"), para quienes están desprovistos de cultura y de capacidad crítica. Hasta a muchos cristianos practicantes, ajenos al mundo de la Biblia, les dejan sin palabra, cuando les leen en voz alta los textos indicando al mismo tiempo con el dedo para que se convenzan que es puro mensaje bíblico. A algunos, este hecho les ha impulsado a acercarse al manantial de la Biblia para beber su insuperable espiritualidad. La Biblia, como gran libro universal, rodeado del halo misterioso de la revelación, tiene una misteriosa fuerza de atracción.

Las sectas surgidas del cristianismo o inspiradas en él (adventistas, mormones, testigo de Jehová) la instrumentaliza descaradamente para la manipulación mental. La interpretan desde una revelación privada al fundador de la secta: Ellen G. Whraite, Ch. T. Russel o Josseph Smith.

Se apoyan preferentemente en el Antiguo Testamento.

Su lectura de la Biblia es siempre fragmentaria, concordista, reduccionista, fundamentalista y literalista.

Al candidato o adepto sólo se le invita a leer los textos que, a simple vista, parecen apoyar los dogmas de la secta.

Todos hemos visto a Testigos de Jehová con los mismos subrayados en sus biblias, textos que aprenden de memoria. Y los hemos visto psicológicamente noqueados cuando alguien les refuta con textos que parecerían contradecir los que ellos esgrimen belicosamente. El caso más representativo es el de los pasajes del Antiguo Testamento que prohíben a los judíos comer la sangre de los animales o la carne de los animales no sangrados. Ignoran los textos neotestamentarios que abolen la categoría de animal puro e impuro, alimentos puros e impuros (Hch 10,13-19; Tit 1,15).

Este manejo farisaico y tramposo de la Biblia por parte de las sectas representa para los cristianos una invitación a recuperar lo que nunca deberíamos haber olvidado y orillado: el Libro de la fe.

No se trata de pertrecharse de cultura bíblica con sentido apologético, sino de vivir una espiritualidad bíblica, para lo que es necesario, claro, un cierto conocimiento de la Biblia.

Es innegable la fuerza sacramentaria que tiene el contacto directo con la Palabra de Dios escuchándola, conteniéndola, orándola y evocándola a la hora de tomar decisiones, adoptar actitudes y vivir situaciones. Alienta y alimenta la fe como respuesta no a un Dios filosófico sino a un Dios histórico, revelado en Cristo, que invita al diálogo amistoso con cada persona.

Por eso el Concilio convoca "vehementemente" a participar con abundancia de la mesa de la Palabra y el Pan. "La Esposa del Verbo encarnado -señala en la constitución sobre la divina revelación-, es decir, la Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo, se esfuerza por acercarse cada vez más a una más profunda inteligencia de las Sagradas Escrituras con el fin de alimentarse continuamente con las divinas enseñanzas" ... "Es preciso que los fieles tengan amplio acceso a la Sagrada Escritura..." "De igual forma el Santo Concilio exhorta con singular vehemencia a todos los fieles cristianos, principalmente a los religiosos, a que aprendan el "sublime conocimiento de Jesucristo (Flp 3,8) con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. "Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Jesucristo" (san Jerónimo).

Acérquense, pues, gustosamente, al mismo sagrado texto, ya por la sagrada Liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya por la lectura espiritual, o por instituciones aptas para ello, y por otros medios, que con la aprobación y el cuidado de los pastores de la Iglesia se difunden ahora laudablemente por todas partes.

Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable el diálogo entre Dios y el hombre; porque, "a Él hablamos cuando oramos, y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas" (san Ambrosio) (DV 22-25).

La Biblia, fruto de una larga experiencia religiosa de creyentes, de santos, profetas, mártires y de pueblos y comunidades, posee una gran fuerza pedagógica. De hecho quienes saben hacer debidamente su hermenéutica y traducirla al lenguaje moderno, son capaces de despertar las conciencias y de abrir los corazones a la Buena Noticia. ¿No es, tal vez, éste el caso, por citar sólo uno, el del Cardenal Martini en su diócesis de Milán? Nos lo contaba él mismo: "Durante tres años se abarrotaba la descomunal catedral, sobre todo, con gente joven, hasta tener que sentarse en el suelo sobre mantas para seguir la reflexión bíblica de cada semana".

Hay una respuesta eclesial y global urgente al desafío de las sectas. La gran mayoría de los inmigrantes en las sectas son emigrantes de la Iglesia.

En todos los países de Europa y América Latina. El episcopado latinoamericano ha tenido el acierto de estudiarlo sociológicamente. En todo el continente se repite insistentemente el resultado. El investigador colombiano Hermeregildo Sanuso ha llegado a la conclusión de que, cada hora que pasa, 400 latinoamericanos se convierten a las sectas fundamentalistas y otras iglesias protestantes. Esto supone la cifra de 8.800 emigrados cada día de la Iglesia a ¡qué tierras de promisión, Dios mío!...

Evidentemente este es el resultado de que nunca habían sido cristianos en serio sino en serie; nunca se habían convertido de verdad; nunca habían tenido una gozosa y honda experiencia de la fe cristiana. Es decir: conocían un cristianismo de oídas, ignoraban lo que era una fe vivida. Eran "cristianos" sólo sociológicamente. El gran reto es la evangelización de muchos bautizados pero no evangelizados.

V. LA LUCHA ORGANIZADA

Al desafío que presenta un fenómeno social organizado, no le pueden responder francotiradores llenos de buena voluntad pero desprovistos de medios organizativos. Es preciso responder solidaria y organizadamente mediante instituciones antisecta.

Las sectas son verdaderas mafias, férreamente organizadas y, por lo tanto, difíciles de resistir. Resulta muy ardua la tarea de arrancar de entre sus garras y dientes a las presas.

Las familias afectadas se sienten impotentes frente al gigante que es toda secta. Un contertulio sobre el tema de las sectas me contaba antes del programa: "Mi mujer está atrapada en los Testigos. Los he denunciado en el Juzgado. El jefe de la región gallega me ha dicho: "Sr. Manuel Rodríguez, no dé con la cabeza contra el muro de cemento, que se la va a romper; se lo aseguro. Somos una institución muy fuerte y estamos muy bien defendidos". Las familias afectadas, generalmente, no saben hacia donde tender las manos buscando otras manos salvadoras. Ésta es la realidad cotidiana. En la comisaría de policía y en su parroquia lo único que reciben son unas palabras de consuelo y unas cuantas orientaciones llenas de vaguedades. Se necesita un centro orientador con garantías.

Por eso sería oportuno la creación en las diócesis de un departamento que podría formar parte de la Delegación Diocesana de Ecumenismo, y

estaría en relación directa con la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales.

Este departamento podría tener delegaciones en diversas poblaciones que hicieran de puente y lugares de primeros auxilios para las familias afectadas. Después de conferencias sobre el tema de las sectas, he recibido en algunas poblaciones la petición de que se creen centros de información. El departamenteo tendría como tareas:

1º- Promover y programar la información sobre sectas y nuevos movimientos religiosos a través de diversos medios de comunicación social, de charlas, conferencias, publicaciones a distintos sectores: religiosos, sacerdotes, seculares, parroquias y colegios.

2º- Proporcionar información a los medios de comunicación social. Su información sobre el fenómeno sectario y los nuevos movimientos religiosos es, generalmente, sensacionalista, poco objetiva y poco clara; no es raro que metan a todas las sectas y a los nuevos movimientos religiosos en el mismo saco; con frecuencia, sólo buscan vender la noticia.

3º- Otro cometido fundamental del "departamento de sectas y nuevos movimientos religiosos" sería la acogida, información y ayuda a las familias afectadas por las sectas destructivas o asustadas porque ven en alguno de sus miembros cambios chocantes y no saben a qué atenerse.

Todos, sin duda, hemos constatado el desamparo en que se encuentran las familias de los afectados. Desesperados los familiares por la desaparición, por la conducta extraña de uno de los suyos, no sabe a quién recurrir en demanda de ayuda. No saben identificar la secta en la que está integrado, el grado de peligrosidad de la misma, los caminos para recuperar al adepto.

El "departamento de sectas y nuevos movimientos religiosos" prestaría un valioso servicio a las familias afectadas, informándolas sobre las organizaciones antisecta, creadas para prestarles ayuda, poniéndolas en contacto con ellas.

El departamento podría ayudar, asimismo, a descubrir los posibles delitos de violación de los derechos humanos por parte de la secta, y las actuaciones jurídico-legales más convenientes contra ellas.

Competencias del departamento serían: promover la asociación de familias afectadas para la ayuda mutua y como grupo de presión ante los poderes políticos, el Ministerio Fiscal y ante la policía, en todos los cuales hay desidia y falta de voluntad y eficacia a la hora de actuar. En este

sentido las familias afectadas podrían inspirarse en las asociaciones contra la droga.

El departamento podría, asimismo, orientarlas con respecto a las acciones ante la justicia por los delitos de las sectas contra sus miembros.

4º El "departamento diocesano de sectas y nuevos movimientos religiosos" podrá, igualmente, orientar a las familias en el imprescindible acompañamiento que han de prestar en la liberación y rehabilitación del adepto-adicto.

Y, al margen del resultado de su ayuda, a través del departamento, la Iglesia, la comunidad diocesana, acompañaría en su desgracia a los familiares del adepto-adicto; compartiría su sufrimiento y les infundiría consuelo y esperanza.

Todos estos servicios requieren ineludiblemente la preparación, en las diócesis, de especialistas en el tema, de la misma manera que se ha promovido la especialización en el tema de la droga y la rehabilitación de los afectados. La especialización no habría de reducirse a una sola persona, sino a un pequeño equipo, aunque no es necesario que todos alcancen una gran especialización.

Esto supone la existencia de instancias o centros de la Iglesia, Facultades Teológicas o centros de Pastoral en los que, a través de cursos sobre ecumenismo, o seminarios, se ofrezca formación e información suficientemente extensa y profunda sobre el tema.

En Francia, Alemania y Estados Unidos cuentan ya con personas altamente especializadas en el fenómeno sectario y nuevos movimientos religiosos. En España la carencia es patente. No es fácil encontrar especialistas ni para la sencilla tarea de informar a través de charlas o conferencias.

A la Iglesia, a las diócesis, a los movimientos, comunidades y grupos cristianos, les corresponde la doble tarea de prevenir y curar, alertar a incautos y rehabilitar a los adictos; y, por otra parte, la de aceptar el desafío que las sectas representan. "Hay que leer este signo de los tiempos — como dice el documento vaticano "Las sectas y los nuevos movimientos religiosos" — a la luz de la Palabra de Dios" (n. 5).

Las diócesis y las parroquias, los movimientos familiares y matrimoniales, los matrimonios cristianos, los cristianos comprometidos, los sacerdotes y religiosos, tienen, en el fenómeno de las sectas, una tarea que les reta. "Contemplar en silencio un crimen -se ha dicho certeramente- es cometerlo". Sin duda, es una forma de complicidad, por omisión.

VI. RESPUESTAS AL DESAFÍO DE LAS SECTAS

1. Las sectas, un signo de los tiempos
 - Representan una interpelación de Dios.
 - Zarzas y espinas en un campo no cultivado.
2. Las sectas acusan
 - Denuncian deficiencias en la vida de la Iglesia.
3. Las sectas desafían a las comunidades cristianas
 - Valores evangélicos tergiversados.
4. La Biblia como pedagogía
 - Tiene una fuerza sacramental para crecer en la fe y proclamarla.
 - Invitación del Concilio: textos conciliares.
 - No se trata de cultura bíblica, sino de espiritualidad bíblica.
 - Quienes saben hacer la hermanéutica en el lenguaje y el contenido son capaces de despertar a los oyentes: Cardenal Martini, José M^a González Ruiz, Goyo Ruiz, Gustavo Gutiérrez.
5. Instituciones antisectas
 - Para la información,
 - para la prevención,
 - para el salvamento.

VII. ORIENTACIONES PARA PREVENIR

Entiendo que para prevenir el ser captado por una secta, habría que tener presentes las siguientes indicaciones:

1. *Información.*
 - Muchos caen por simple ignorancia.
 - Esta información supone llegar a conocer:
 - * la peligrosidad de las sectas,
 - * mentalidad sobre los efectos catastróficos que lleva la adhesión para el adepto y su entorno. No es un juego de niños.
 - Sobre los métodos de captación.
 - * No sea que estás entrando en el juego y no te des cuenta.
 - * Esto significa que haya que averiguar antes a qué grupo, a qué institución da uno su adhesión, a qué conferencias asiste.

- * Recordar que muchos chicos se adhirieron a un grupo deportivo y salieron sectarios: CEIS, EDELWIS, etc.
- * Hay centros de información en las policías y en las organizaciones antisecta.

2. *Que las personas tengan un hogar*

- La gente suele ir buscando un hogar en el que se les quiera, se les aprecie, se les dé la oportunidad de realizarse socialmente. En América Latina el 92% se fueron a las sectas buscando un hogar.
- Esto compete a las instituciones del Estado, a las Asociaciones de Vecinos, creando centros culturales y deportivos.
- Compete a la Iglesia y a las Iglesias creando grupos y comunidades. Es urgente esto, sobre todo, para personas marginadas, emigrantes, personas en paro, divorciados. Esto requiere, sobre todo, cuidar mucho *la familia*.

3. *Fomentar los valores trascendentes*

- Muchos de los captados son utópicos, idealistas.
- No les satisfacen los ideales de la sociedad burguesa: el consumismo, el acumular y gozar.
- "El ser humano es un animal incurablemente religioso"

4. *Reavivar los valores de la Iglesia*

- Como diría bellamente Pablo VI, la Iglesia, el Evangelio tienen todos esos valores que engañosamente ofrecen las sectas: La comunitaridad, el idealismo, la utopía.
- Nuestra escaparate a veces es desastroso, lleno de telarañas, de polvo, descolorido.